

## ÍNDICE:

	<u>Páginas</u>
I Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 1993 Plazuela de los naranjos .....	2
II Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 1994 A un pintor .....	4
III Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 1995 Una Callada Urdimbre de Universo .....	5
IV Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 1996 Adiós, Ausente .....	7
V Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 1997 Minotauro .....	11
VI Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 1998 Carpe Diem .....	13
VII Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 1999 La Ausencia .....	14
VIII Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2000 Por Amor .....	16
IX Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2001 Escuchando la Música Sacra de Vivaldi .....	18
X Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2002 Guardia .....	20
XI Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2003 Hansel .....	22
XII Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2004 Maneras de Oriente .....	23
XIII Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2005 Melquisedec .....	27
XIV Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2006 Canto a la soledad .....	29
XV Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2007 Mañana, la intemperie .....	31
XVI Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2008 El Reino de los hielos .....	34
XVII Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2009 Paseo vespertino .....	37
XVIII Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2010 Tamtanes .....	38
XIX Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2011 Ave Félix .....	40
XX Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2012 La habitación vacía .....	43
XXI Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2013 Cifras .....	45
XXII Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2014 Dos de la tarde .....	47
XXIII Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2015 Intemperie del deseo .....	49
XXIV Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2016 Nuevos destinos paradisíacos .....	51
XXV Premio poesía MANUEL ALCÁNTARA 2017 Gran hotel de las islas Borrromeas .....	53

## I PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (1993) PLAZUELA DE LOS NARANJOS

Nunca se sabe dónde está el silencio  
mejor guardado: si en el alma inquieta  
por desplegar al día su esperanza,  
o en el cuerpo, cercado de caricias  
una noche sin fin y sin principio.

Pero hay otro silencio que conoce  
quien elige su amor a ciencia cierta,  
y se desprende ya de todo aquello  
que le es extraño, de lo más durable.

Dialogar con la vida sólo sirve  
para oír las palabras dolorosas  
que, envueltas en un viento de ternura,  
llegan a desnudar aquellas ramas  
que nunca conocieron el otoño.

Por eso, esta plazuela  
de los naranjos tiene  
un eco enamorado,  
arrulla las pisadas  
de un sol de primavera,  
apenas desprendidas  
de la nieve del tiempo.

Anidan en su nombre  
una brisa y un pájaro  
unos pétalos tibios  
y el recuerdo sublime  
de las cosas presentes.

Ya nada volverá a ser como antes.  
El paisaje más largo de la vida  
termina cada noche, y aparece  
cuando menos se espera, como el alba.  
Por eso, este secreto de sus manos,  
de sus ojos guardados en los míos,  
descubre la plazuela. Quien decide  
amar aquí, no encuentra las palabras  
para poner el punto final a su silencio.

María Sanz

## II PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (1994) A UN PINTOR

Pintor, hazme el retrato que he soñado.  
Mezcla anhelo y olvido en tu paleta  
Y píntame, pintor, en la glorieta  
del antiguo jardín abandonado.

Ponme un gesto doliente, desmayado.  
Y sin embargo en la mirada, quieta  
frente al paisaje pálido y violeta,  
prende un íntimo fuego ilusionado.

Al fondo ya, donde el color se pierde  
pinta una fuente en la que Venus ría,  
los pies desnudados en el agua verde.

Y un aire de sutil melancolía  
donde la primavera se recuerde  
sin ser la primavera todavía.

Cayetano Luca de Tena

III PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (1995)  
UNA CALLADA URDIMBRE DE UNIVERSO

Con sensación de haber dejado sola  
a la tristeza,  
vamos hacia Casilhas  
cruzando el río.  
Detrás,  
tal si la estela del barco se alzase  
enjalbegada, queda Alfama,  
y Fernando Pessoa se aventura de olvido  
raso en las calles.  
Luces los miradores  
de cerámica son, o como palcos  
del cielo, y el espíritu  
abastece a la sangre de plural,  
la entroniza y reviste  
de un séquito remoto.  
Hay predios  
de soledad acompañantes,  
nostalgias dadivosas,  
tristezas camaradas y una calle urdimbre de universo  
para expresar su enigma en la ternura.  
Por este río  
las lágrimas del hombre se perdieron  
o colmaron su vaso de impaciencia.  
Hay portugueses con el corazón de agua  
y están llenas de aguas sus calles  
de majestad depuesta,  
resbala por sus rostros, vivo espejo  
de lo conmemorado infiel:  
un tiempo en que los mares  
vida hicieron la muerte.

No hay que pedirle fe a la eternidad  
ni silencio al olvido.  
Pero sea la sed de esta ciudad un eco  
que haga familia siempre nuestra desazón,  
descorra su persiana la añoranza,  
irrumpe del recuerdo como un coro  
su don de lejanías,  
hasta estrecharnos en su  
abrazo puro  
con lo que al ser fugaz nos  
sobrevive  
en el empeño de su  
recorrido:

un suspiro que es beso,  
huella alzada  
del corazón que sobrecoge  
la vastedad del mundo.

Antonio Hernández

IV PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (1996)  
ADIÓS, AUSENTE

Llegó con una daga  
oculta en el confín de su prestigio:  
amor era esta llaga  
que sucede al litigio  
entre la pesadumbre y el prodigio.

A pan sonó la vida;  
nutricio el ser, retrocedió la muerte.  
Pero luego la herida  
por donde el ser se vierte  
nos dejó en esta pena y de esta suerte.

Gloriosamente un día,  
desprevenidos, fuimos inmortales  
... sin ver que llegaría  
esta noria de males  
derramando relojes puntuales.

Amor era tenerlo  
todo en las manos dulcemente en vilo.  
¡Tener ahora que verlo  
como una hebra de hilo  
quebrándose en el alma y en sigilo!

Que se enlute mi lengua:  
ningún reproche ante este horror le brote.  
Padezca yo la mengua  
de tan mágica dote  
sin que ni el luto ni el horror se note.

Con gratitud y calma  
tanta desdicha recordar prefiero.  
Y prosiga mi alma  
viva por el sendero  
por donde avanzo, sufro, olvido y muero.

II  
Buenas noches, Ausente.  
Cesó la nieve, apareció la luna.  
Y silenciosamente  
nuestra mala fortuna  
silencio, ausencia y larga noche aúna.

La nieve fue avanzando  
como un suave motín de roedores  
devorando y dejando  
nuestros tiempos mejores  
entre desfallecidos estertores.

No estos años: la vida,  
la vida entera en un febrero avanza  
como una bestia herida  
que rogara venganza  
ya sin febrero casi, ni esperanza.

Un poco de febrero  
te mando con un mucho de tristeza.  
Todo cuanto no espero  
ni he de esperar empieza  
a resonar a nieve en mi cabeza.

¡Música de la nieve



que suena a frío y que redobla a muerto!  
¡Música vasta y leve  
que deja al mundo incierto  
y escuchando aterido este concierto!

La tarde ha encanecido  
nevando adiós sobre esta pena bruma  
y dejando al oído  
una canción de cuna  
muerta de bruces al salir la luna.

La poca luz contemplo  
de nieva oscura ya y de luna triste,  
como orando de un templo  
donde la nada inviste  
con su liturgia a todo cuanto existe.

Ya no somos eternos.  
Febrero y nieve y pena es nuestro sino:  
una alfombra de inviernos  
como único camino  
donde cansarnos y pensar sin tino.

A la noche le toca,  
concluida ya la gloria de esta historia,  
refrescarnos la boca  
sedienta, con su noria  
por donde vierte estragos la memoria.

Adiós, Ausente. Bebe  
de un trago solo y rápido y profundo  
mi ausencia entre la nieve,

mientras que yo confundo  
si es nieve o luna o noche o nada el mundo.

Félix Grande Lara

V PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (1997)  
MINOTAURO

Sor Anuncia era hermosa y yo la amaba  
como a la luz dorada  
de esas viejas estampas que se besan.  
Ella, en cambio, jamás  
adivinó el infierno  
de su mano en la mía, aquella dicha  
secreta de su trazo  
amparando la tierna  
torpeza del pecado.

¡Oh veredita

de la caligrafía! Esa que lleva  
de su mano hasta el bosque  
sagrado del deseo.

Iba

nombrándome la hermosa  
botánica del corazón, ajena  
al oscuro reclamo, a ese latido  
terrenal con que tienta  
la palabra. Y se hizo  
de noche y prosiguió  
-ángel mío o demonio-  
hasta donde ya el bosque  
se torna laberinto.

¡Oh cómo

necesito yo ahora tu virtud  
para el pecado mío! ¡Toda  
la eternidad tendrás a cambio  
de acudir cada vez  
que pronuncie tu nombre! ¡Oh virgen mía,  
desnuda en mi palabra!

Fue

un instante tan sólo en la espesura  
pero la devoré lo mismo  
que la devoro ahora  
cada vez que la nombro y ella acude  
con su lumbre de estampa  
para hacerse pecado en mi memoria,  
ese círculo oscuro que yo habito  
en la noche terrible de los hombres.

José Antonio Ramírez Lozano

VI PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (1998)  
CARPE DIEM

"La vida qui la viu?"  
Joan Vinyoli

Recorrí una vereda angosta y accesible  
con el solo deseo de confiarme  
a placeres presentes:  
contemplar otra victoria de la primavera,  
beber un trago de agua,  
sentir la pulsación del ameno cansancio  
en músculos hace tiempo olvidados.  
Quise gozar de lo que había,  
inocentemente.  
No puede conseguirlo. Los motivos  
qué importan  
(Quizá el agua perdiera su frescura,  
la luz en las laderas no fuera esplendorosa  
o algún dolor dormido despertara, vulgar,  
para herirme los huesos).  
A menudo, no obstante, nos creemos capaces  
de no desperdiciar ni un goce.  
Unos dioses muy crueles inventaron acaso  
esta torpe esperanza de una dicha exhaustiva.  
Pero todo es opaco y arduo, todo es fugaz.  
Un hombre no, sólo un titán podría  
aprovechar las horas una a una.

Antonio Cabrera Serrano

VII PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (1999)  
LA AUSENCIA

Ya no está aquí.  
Sólo quedan sus cosas,  
aventadas igual que siembras nuevas  
o escondidas, oculta en añosas  
valijas de caoba como en cuevas

selladas. En la casa se percibe  
un silencio de imagen sostenida  
o de agua estancada en el aljibe  
sombrio de la ausencia. La caída

de la luz se demora, se dilata  
en las manos que esperan y en los ojos  
que esconden la mirada en la escarlata  
hoguera del oeste: son despojos

lo que quieren mirar y mientras tanto  
lloran, calcando ajenos del fulgor  
de la tarde, sin ver, y es rojo el llanto.  
Alguien abre una puerta, y un olor

a pétalos marchitos deja paso  
al recuerdo. Detrás de los cristales,  
la noche se ha instalado en el ocaso.  
Y es la hora: murmullos laterales

lo confirman. Lo mismo que un disparo  
anuncia la salida hacia una meta,  
de repente, se olvida el desamparo  
y en los ojos se enciende la secreta

pasión del movimiento. Todo es prisa.  
La sala se convierte en un mercado:  
se tasa; se comercia; se precisa  
lo que entrará en los lotes, lo asignado

a cada cual; se busca lo encubierto  
y se vuelve a llorar porque no exista  
ni clave ni tesoro. Del incierto  
pasado de reliquias que a la vista

se ofrece nada importa: ni las fotos  
del hombre que sonrío desde el puente,  
ni cartas, ni cuadernos, ni los rotos  
proyectos de un diario. Nada. Enfrente,

la luna es una fruta que  
madura  
en un árbol. Y tarda su caída  
lo que tarda en caer a la  
basura,  
una vida.

Rosa Romojaro Montero

### VIII PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2000) POR AMOR

Por amor, postrado a lo invisible,  
tu cara he ido labrando en las piedra de luz.  
Tu cara vibrará cuando yo muera.  
Su mineral callado que yo tallé en lo oculto  
igual que el oro en torno de la voz del amor.

Por amor quise construir  
ingenios azules  
que vencieran a lo que desde el lodo se extingue,  
lo inerte que aparece o que es sin amor.

Fraguaron ellos nupcias tan intensas  
que un solo sexo les creció en su espíritu.  
La orgía era la unión para la llama.  
La llama ardía a salvo de la fascinación.

Por amor viajé a valles sutiles  
y oí a etéreos Maestros.  
Les robé su secreto universal  
por el único amor.

Por amor devoré textos heréticos  
sobre Eros y el Verbo. Su oro errático  
di a la luz conmovido,  
a la luz que sopesa el intangible amor.

Por amor a mi amor dije: aprendamos  
pali, senzar, lenguas sagradas,  
los vocablos y signos de una iniciativa blanca.



Mal haya el acusado por el crimen del amor  
que ignoré responder un día ante sus jueces  
con palabras de santos y devas.  
Hay pecados que no podrán decirse  
sino el verbo de los santos y los devas.  
Escándalos que sólo podrían defenderse  
en el lenguaje de lo hecho por amor.

Juan Carlos Jurado Zambrana

IX PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2001)  
ESCUCHANDO LA MÚSICA SACRA DE VIVALDI

Como agua bendita,  
como santo rocío tras la noche de la fiebre  
lava el alma esta música con su perdón sincero,  
fluyente arquitectura que en el aire vertebraba  
la ilusión de otra vida  
salvada ya para gozar la gloria  
de un magnánimo dios.

De lo terrestre naces,  
del metal y la cuerda, de la madera noble,  
de la humana garganta  
que estremecida afirma la hora suya en el mundo;  
y sin embargo vuelas, gratitud hecha música,  
evanescente espíritu  
que en el viento construyes tu perdurable reino.

Si algún eco de ti sonora en nuestra muerte...  
En mitad de la muerte suena hoy,  
cadencioso milagro, pura ofrenda de fe  
en honor de ese dios que no escucha tu ruego  
o que escucha escondido, tras su silencio oscuro,  
la demanda de luz con que el hombre lo abrumba.

Y si no existe un dios,  
¿quién inspira en tu canto tan cumplido consuelo,  
extraña melodía de blasfema belleza  
que a los hombres sugieres su condición divina,  
para qué sordo oído  
-cuando sea ya el nuestro desmemoria en el polvo-,  
en mitad de la muerte, orgullosa plegaria emocionada,

celebras esa frágil plenitud  
de no sé qué verano o qué huérfana espuma  
fugaz  
de aquella ola  
que en la mañana fuimos?

Vicente Gallego

## X PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2002) GUARDIA

"cuando los trigos encañan"  
Anónimo

Abre la puerta y algo que no sabe  
decir si no es mirando le sujeta  
frente al sol, en un muro, junto a un seto:  
hay un eco de pájaros, y bajan  
las zuritas al pato con el buche  
mojado de criar; sobre los bancos,  
sumergidos en luz tibia, los chicos  
se abandonan dejando que el recreo  
se alargue un poco más: hasta la vida  
que remueve, que corre, que atraviesa  
el aire y se hace canto...

Pero es tarde:  
el curso avanza, exacto, por las cifras  
negras del calendario, sobre el parto  
de guardia; los alumnos se retrasan,  
y el futuro no acepta la osadía  
de un excursión, de alguna digresión:  
debe internarlos en su propia clase,  
bajo su firme guía, por las quietas  
verdades de pizarra.

Rechazar  
que sólo la frescura de las hojas  
de los castaños, su verdor brillante  
y tembloroso como la primera  
caricia o el ternero que aún empapa  
de placenta la paja, es este día;

y esta hora no es otra que el aroma  
de la mimosa y el rosal, las lilas  
y ése que las abejas arrebatan  
al cuello en cada flor...

Revienta mayo,  
y la fría costumbre de enseñar  
unas secas palabras que residen  
como restos de invierno en la memoria  
no debe suspenderse.

Joaquín Ríos

XI PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2003)  
HANSEL

A cierta hora, en otoño, atardeciendo,  
se desdibujan los rumbos cotidianos  
y vuelve la ciudad  
a ser desconocida y misteriosa  
como lo fue en los límites de lo recordable,  
en el umbral de saber o no saber quién eras,  
cuando algún familiar te alejaba del barrio  
hacia un reino de afueras y de escombros,  
y de tapias albeadas,  
y de bombillas tenues, y de lunas  
gigantes y naranjas detrás de unos tejados.

Este instante de pérdida,  
fugaz como un vahído, por calles infrecuentes,  
es un regreso leve a aquella edad,  
muy cerca de estaciones donde hueles  
el olor sin retorno de los viajes que hiciste.

Aquí, a donde has llegado,  
mengua la luz, se oye  
el lento descolgarse de los años,  
cómo crecen las sombras y se cierne la noche.  
Entonces se abre paso en tu desvalimiento  
un instinto que casi te domina:  
alzar la mano en busca del adulto  
que, tirando de ti, te devolvía a casa.

Arturo Ternero

XII PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2004)  
MANERAS DE ORIENTE

MUCHO FUE

ayer se abrieron las flores,  
hoy el vendaval las aha.  
medió un escaso suspiro.  
no pidas, corazón, más  
si el dolor o la acedía,  
más temible que el dolor,  
no rompieron su transcurso.

DE ESPELEOLOGÍAS

en plena angustia, no pierdas  
el hilo de la esperanza:  
el más exquisito tuétano  
yace en el hueso más duro.

DE MÍTICO REY JASMID

poesía una copa que reflejaba el mundo.  
absorto y mareado de mirarla,  
con no pequeño esfuerzo,  
y transcurridas luna y estaciones  
cuentan que inventó el vino,  
tras múltiples ensayos  
y lleno con el vino, hasta el borde, su copa.

RUEGO

al miserable, que tanto molesta  
a tus ojos de diosa,  
no pidan que le saquen  
el polvo del sendero  
que cada día tú llevas y traes:

más aroman y privan esas motas  
que las motas en mayo.

#### DINAMITERA

zuleika argumentó de esta manera:  
es cierto, mi belleza es transitoria.  
sólo en dios es pensable eternidad.  
amarlo en mí convertirá el instante  
(con el cual poco tendrá en común  
vuestra pobre y cutánea percepción)  
en un momento eterno, eso sí, virtual  
(y aquí el discurso tiró de la anilla)  
como lo que por hábito y por publicidad  
y sin sabotear el mecanismo,  
os seguís empeñando en llamar mundo.

#### FAITES VOS JEUX

apocados o ambiciosos,  
bajo ellos salta la bola  
que se termina parando.  
es raro que lo que sale  
a alguien deje satisfecho.  
el hombre suele morir  
y sus herederos vuelven,  
sin aprender la lección,  
a un juego siempre trucado.

#### ORATE

no tu perfume:  
las duras piedras  
donde tropiezas  
yo adoraría.



sin que las burlas  
el fuerte brazo  
de los loqueros  
me disuadieran.

#### IMITACIÓN DE MUMON GENSENG, MONJE ZEN.

es la vida una rueca que no cesa  
en sus giros.  
cada día es el día  
y preciso sería vivir ese esplendor.  
de modo que, quien urde poemas  
a su muerte,  
suma escarcha a la nieve.

#### MUTACIÓN, PERMANENCIA

ese disco lunar  
que cada mes decrece,  
sería quizás imagen de la suerte  
que cupo a las coronas y a las  
tiaras,  
a las del todo volatilizadas  
promesas que cambiaron los  
amantes.  
acaso sea la clave la renuncia,  
tanto al menos,  
como el tenaz, el nunca suficiente  
aprendizaje de la dura muerte.

#### ELEÁTICA

flejes y dentaduras,  
amores, cierres de ollas  
a presión, epifanías,

discos duros, puñales,  
ataques de hipo, vítores,  
todos se descompone,  
se desgasta, o se vuelve inconsútil.

sólo la muerte pinta,  
no ensabanada y calva:  
lozana y enteriza  
y con pulso seguro,  
a través de los tiempos.

#### LÍNEA CLARA

no a través de un exégesis  
como estilaba eliot,  
que reseque los versos ya estreñidos  
y pretenda alumbrar un misterio trivial.  
que la posible exaltación derive  
más bien de esa fluencia en el decir,  
con palabras comunes  
-séanlo o no los motivos-  
y a la vez imantadas.  
ahí radicaría el giro alquímico,  
garante del vigor y lozanía  
de unos tanteos perplejos y a oscuras,  
combinando palabras,  
que ocuparon tu vida.

Antonio Martínez Carrión

### XIII PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2005) MELQUISEDEC

*A Juan Carlos Navarro*

Extraño resonó ese nombre en la bóveda  
El olor del incienso y el cadáver expuesto.  
Se oían voces breves de aquellos que en el fondo  
de la iglesia estrechaban sus manos a la espalda  
o miraban al techo o fijaban los ojos  
en algún cuadro antiguo de mala calidad  
en un rincón o altar ensombrecido.

Leían las palabras de los textos sagrados  
que más propicias fueran a oficio de difuntos.  
Sonó Melquisedec bajo la bóveda  
y se quedó ese nombre conmigo aquella noche.  
Si larga fue su vida, es su leyenda breve:  
tan sólo tres pasajes lo mencionan.

A mi lado una sombra lloraba y su dolor  
tan extraño me era que tracé entre las sílabas  
del nombre los caminos de la huida.  
Así fue como supe que ofreció pan y vino  
a Abraham, que volvía de campos victoriosos,  
que era suave la tarde y las mieses olían  
y, aunque reyes los dos,  
la comida partieron como hermanos.

Luego nada se sabe, volvería al oficio  
de rey o de hombre viejo. Yo escuchaba  
el carraspeo al fondo de la iglesia,  
las sílabas del nombre, el excesivo  
llanto de la mujer de al lado.  
Pensé en Melquisedec, la dignidad  
de aceptar el olvido.



Tomás Hernández Molina

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico sin el consentimiento por escrito de los autores y de Fundación Manuel Alcántara.

XIV PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2006)  
CANTO A LA SOLEDAD

No me sorprende, soledad, que rondes  
en los últimos años de mi vida  
la puerta de mi casa. Bienvenida.  
Ayer te quise y hoy me correspondes.

Sé cómo llegas, sé dónde te escondes,  
sé cómo y dónde excavas tu guarida,  
pero te tengo ya tan asumida  
que paso de los cómo y los dónde.

Aquí estoy, justiciera generosa.  
Sigue entrando en mi casa cada día  
y sigue –como anoche– siendo hermosa,

porque hasta que llegaste, no sabía  
que a los que no tenemos otra cosa  
la soledad nos hace compañía.

Aquí estoy, soledad. Tengo anotados  
tus poemas de escarcha en mi libreta.  
Te tienes que acordar. Soy el poeta  
que lloró cuando fuimos presentados.

¿Sabes? No lloro ya. Versos llorados  
me impiden ver la soledad completa.  
Al borde del camino, en la cuneta,  
fui dejando mis llantos enterrados.

Porque te quiero ver de otra manera.  
Quiero que impregnes mis atardeceres.

Quiero gozar tu soledumbre entera.

Y hablando de gozares y querereres  
déjame que te diga, compañera,  
que yo te quiero amarga, tal como eres.

Te quiero porque llegas puntualmente  
-pocas noches olvidas nuestra cita-,  
y porque es silenciosa tu visita  
-poco silencio habrá tan elocuente-.

Porque no existes cuando estás ausente  
-poca es la gente que te necesita-,  
siendo a la vez un ágora infinita  
-pocas plazas habrá con tanta gente-.

Aquí estoy, soledad. Te estoy cantando  
poniendo el corazón en mi balada.  
Contigo de la mano voy llegando

hacia una noche ya sin madrugada.  
Sólo tú seguirás conmigo cuando  
lo que no seas tú no sea nada.

Emilio Quintanilla Buey

XV PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2007)  
MAÑANA, LA INTEMPERIE

“hagan los que ahora mandan lo que quieran,  
más que matarnos no podrá la muerte”  
(E. Cabañero)

“vendrá la muerte y tendrá tus ojos”  
(C. Pavese)

Por si no amaneciera  
Mañana, que la casa  
no parezca vacía;  
que todo continúe como al borde  
de no suceder; no olvides  
llenar las copas, como si el vino fuese  
una última forma de esperanza.  
Y ahí, sobre el mantel, recién partido,  
deja también el pan  
para que haya un olor a espigas altas  
o para que parezca  
que hay cosas que aún podrían compartirse sin prisa.  
Deja algún libro abierto en cualquier sitio,  
Como si fueras a volver muy pronto;  
que parezca que todo se ha quedado esperándote.  
Que no note la muerte cuando llegue  
que en esta casa ya  
no vive nadie. Deja  
abierta una ventana para que salgan todas  
las sombras que vivieron  
contigo y para que entre  
el ruido de la calle,  
el ruido ajeno de la vida;  
y trata  
de dejar descorridos los visillos  
para que así mañana (si amanece),

cuando entre la luz, te reconozca.

Que en tu muerte no haya  
Esa misma intemperie que hubo siembre en tu vida.

Guarda en algún espejo  
tu mirada y un poco de esa lumbre  
que ya no habrá en tus ojos  
mañana; y guarda dentro de un cuaderno  
el ascua viva de tu tacto. Deja  
encendida una vela, o al menos una lámpara,  
por si acaso la noche  
durara demasiado.  
Deja regado un tiesto junto a ti  
Porque tal vez conviene  
que, cuando ella se acerque, haya en la casa  
algo que esté creciendo todavía.  
Que al abrir los armarios,  
siga todo en su sitio,  
que siga intacto el tiempo y el perfume;  
que tus ropas no sepan que las has condenado  
a ser un hueco donde ya tu cuerpo  
tendrá las dimensiones exactas de la ausencia.  
Que no sepan tus cosas  
que no las necesitas (aunque tardes  
demasiado en volver), que no comprendan  
que has estrenado la palabra *nunca*.  
Déjalo todo como si esta noche  
no fuera a ser la última. No olvides  
dejar un libro abierto en cualquier página.

Y deja en los cajones, bien guardado,



lo que no has de llevarte: el limpio aroma  
del membrillo, algún verso, aquellos oros  
maternales del trigo, y tantos nombres  
sin tachar en tu agenda, tantas voces  
que aún mañana seguirán llamándote.  
Y en un estuche guarda  
tu voz, guarda tu aliento  
con la última palabra que pronuncies.

Y deja tu ventana bien abierta  
para que así mañana la luz te reconozca,  
aunque ya sólo seas  
un cuerpo roto, un cuerpo sin memoria y con frío;  
para que así mañana (si amanece)  
siga entrando por ella –aunque tú no lo oigas–  
todo ese ruido extraño

y ajeno de la vida.

Pedro Antonio González

XVI PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2008)  
EL REINO DE LOS HIELOS

*Soy el guardián del hielo.*  
(José Watanabe)

Lo he visto algunas tardes de diciembre con nieve,  
confundido en las hojas caídas de los chopos  
y en la emboscada blanca de la niebla en el río.

Lo he visto en la mirada redonda de los peces,  
en el hueco que deja el vuelo de los pájaros  
y en las nubes de fuego que disipó un mal viento.

Lo he visto cuando suena la campana en la espiga  
y llueve sobre el mar la luz azul de mayo.  
Donde gimen su duelo las hondas caracolas  
y en un bosque de alisos que atraviesa un arroyo,  
en la convalecencia quebrada de las rosas,  
allí, en la antigua patria de la infancia, lo he visto.

Sobre su mansedumbre late lenta la noche,  
negra y respiratoria.  
Suya es la condición fugaz de la mirada,  
suyo el viento, la herida, los desmoronamientos,  
la luz deshabitada de los amaneceres.

Lo he visto mientras flotan  
espacio y tiempo y nadie  
en el insomnio amargo del ausente,  
mientras arde en el mar oscuro del invierno  
la llama azul del frío o la memoria.

Lo he visto en donde el mar devuelve sus ahogados,

donde invade el salitre una llaga de sombra  
y la sal quema el aire con una llama blanca.

Por senderos con hielo y desventura  
donde ha encendido el frío  
sus lámparas de escarcha  
y un vuelo de palomas en huida  
escapa al sigiloso acecho de la noche  
con su cuchillo oscuro de sombras sucesivas.

El viento estrecho y largo  
que en penumbra clausura el trámite del día  
pone tras las fronteras visibles de la tarde  
un sello de estupor y una luz de gangrena.  
Se para en el contorno  
de un pájaro en silencio y un viento ya en reposo.

Ávida flecha aguda de viaje hacia la nieve.  
El mundo es ya una llaga  
que aúlla en el corazón negro de la bahía.

Lo he visto algunas tardes en un lugar salvaje  
o en un jardín de hielo donde arde la memoria  
y estalla la blancura lunar de los almendros.

Donde inventa la llama  
el hiato sorprendido de la vida,  
va de la lengua al ojo  
y mide el territorio, la línea de frontera,  
como un agrimensor la dimensión del miedo,  
la extensión del vacío.

Cuando enero es un lento  
destilado de escarcha en la tiniebla sorda,  
sólo el viento habla fuera y apaga las antorchas,  
frías tras las montañas azules del invierno.

Ya el lugar habitable de la ausencia  
que presta con usura el dios del tiempo,  
es una herida extensa que no restaña el día,  
la incandescencia tenue  
que el sol pone en invierno sobre las azoteas  
y en el pulso abolido del paisaje.

Hay una luz de eclipse sobre el mundo,  
la imprecisa torpeza con que nos hiere incierto  
el arquero del tiempo,  
esa inhábil ceguera de arquitecto de escombros  
que despliega el recuerdo.

Lo he visto y me ha mirado.  
Me está esperando un día de París y aguacero,  
un jueves con Vallejo y niebla desolada.

Un día agazapado que yo ya no recuerdo,  
un jueves que me mira  
desde el reino incontable de los hielos.

Santos Domínguez Ramos

XVII PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2009)  
PASEO VESPERTINO

*para Alicia*

Tú y yo, amor, a caballo, por las suaves  
laderas de un crepúsculo dorado  
que vira a negro, tú y yo, luces tibias  
frente a la oscuridad que va anegando  
esta parte del mundo, rienda suelta,  
sendos halcones en los puños, campo  
a través, contra el tiempo de la muerte,  
a favor de la vida y del verano,  
contra cerrojos, contra cicatrices,  
contra el silencio, contra el desamparo,  
contra esos templos donde se refugian,  
ávidos de mentiras, los malvados,  
tú y yo solos en busca de emociones,  
medievales y eternos, a caballo,  
rumbo a ninguna parte, mientras brota  
la orquídea de la noche a cada tranco  
y queda atrás, hundiéndose en el polvo,  
la borrosa silueta del ocaso,  
tú y yo por los países de la bruma,  
picando espuelas, dos enamorados  
que unen sus corazones en la fronda  
donde alumbran, gloriosos, los relámpagos,  
y cabalgan oscuros por lo oscuro,  
como un rey y una reina destronados.

Luis Alberto de Cuenca

XVIII PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2010)  
TAMTANES

Aguarda turno en la consulta.  
Y en el banco de madera que ocupa  
ha venido a sentarse  
un hombre de su edad, acompañado  
-intuye- de su nieta;  
una muchacha tan estimulante  
que es una incongruencia verla allí.  
Él asiste a la escena  
con la atención que los ancianos prestan  
a los sucesos insignificantes,  
mas debe confesarse  
que, aunque los años  
le impongan el obstáculo  
de unas elementales cataratas,  
deslizar la mirada  
por la figura de la joven  
es estrenar un cálido  
tobogán.  
Cada cierto  
tiempo,  
la adolescente  
se dirige a su acompañante,  
le coloca solícita  
la bufanda, le alisa  
el pelo, o acaricia  
sus devastadas manos,  
gestos con que le muestra  
su afecto. Mas pasada  
apenas media hora, la belleza  
de su rostro comienza a oscurecerse

con cierto aire de impaciencia, y  
su pie  
izquierdo taconeaba  
nerviosamente sobre el suelo  
con insistencia.  
Y es  
precisamente ese movimiento,  
el que transmite, desde  
sus muslos a la madera,  
otro tan delicado como turbador  
que llega a él como un tamtan lejano  
al tiempo que un atávico perfume  
renueva en sus pulmones  
el desabrido olor del hospital.  
Y su cuerpo se acoge al sortilegio  
de esa magia lejana,  
casi olvidada ya, que se resiste  
a perecer,  
y salva la memoria de su carne,  
siquiera unos momentos.  
Y el hospital, con sólo la presencia  
y la íntima voz  
de esa joven desconocida,  
se torna selva virgen,  
una luctuosa selva virgen  
que extiende su llamada inútilmente  
pues él sabe de sobra que Tarzán  
ha muerto.

Joaquín Márquez Ruiz

XIX PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2011)  
AVE FÉLIX

Nunca empiezan y nunca acaban  
los días, nos ocultan sus razones  
para seguir, bajo este cielo rojo  
hundido entre las brumas  
y el hacha matinal de los deseos.

Alguien queda  
en las colinas pálidas  
del sueño, y cómo lanza  
sus dardos ululantes  
en esa habitación que vive en mí.

Amanecer, yo te saludo,  
mas quién olvida  
que no quise ganar, que sólo  
me conformaba con el juego  
del libro del futuro.

Allí manipulé mi historia  
como si fuera un mito  
despreocupado, y mis pasiones,  
garfios para el combate,  
con sus bulbos de luz.

¡Hijos de esas estrellas  
que oscuramente continúan  
su amor arborescente  
hacia nosotros, recorriéndonos!

A menudo he pensado



en la tristeza, un revoltillo  
de ilusiones con fe, una señal  
alrededor de las palabras  
y ecos tibios  
de aquel pasado todavía vivo.

Pero no he de volver, aunque no tenga  
por donde huir, ni lágrimas:  
el cascabel del desahogo.

Mañana. Sí, por fin  
la esperanza al alcance de la mano,  
con leyes invisibles  
que nos engañarán, no hay duda,  
porque seguimos siendo ciegos  
al mediodía.

Estas figuras espectrales  
—la exactitud, las cifras,  
su confianza en el azar—  
van más allá de la aventura  
y más allá de las mentiras  
de la verdad, larvada.

Qué locura elegir,  
ser elegido. Y nos engañaremos:  
debajo de las máscaras no hay nada,  
sólo los humoristas, que resisten,  
y dulces diccionarios  
—mis animales, torpes monstruos—  
con una fiebre intermitente  
y un ruido de huesos,

humos helados  
que aumentan el tamaño de las sombras.

Casualidad o no,  
aún soy lo que quería.  
Ah, joven yeti en la covacha  
de esta desanudada identidad.

Príncipe de la callejuela,  
feliz entonces  
registrando en las cámaras,  
desempolvando ahora la memoria,  
desocupándola  
para empezar a amar de nuevo.

Quiero ir a China para conocerte.

Juan Carlos Abril

XX PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2012)  
LA HABITACIÓN VACÍA

Era uno de tus juegos preferidos.  
*¿Qué hay en una habitación vacía?,*  
preguntabas. Guardábamos silencio.  
*¿Qué hay en una habitación vacía?*

Los que no conocían el juego  
tal vez decían: *Nada*, y tú decías: *No*.  
*Nada es nada, he dicho qué.*

Hasta que alguien decía, por ejemplo: *El silencio*.  
Y tú decías: *Sí*  
Y otro decía: *Polvo*.  
Y el juego comenzaba a tomar vuelo.

*Unas huellas de pasos en el suelo.*  
*Un fantasma. Un enchufe. El agujero*  
*de un clavo. La penumbra.*  
*El cuadrado que deja en la pared*  
*la ausencia de un cuadro. Un hilo.*  
*Una carta en el suelo.*  
*La huella de una mano en la pared.*  
*Un rayito de sol que entra por la ventana.*  
*Una telaraña. Un trozo*  
*de papel. Una uña. Una hormiga extraviada.*  
*La música que llega de la calle*  
(¿hay música sin alguien que la escuche?).  
*Una mancha de humo o de humedad.*  
*Garabatos o pájaros o nombres*  
*o un dibujo de Laura en la pared.*

Tú ibas diciendo sí o no.  
Tú lo sabías. Eras el inventor del juego.  
Tú ya sabías, Carlos, lo que hay  
en la habitación vacía donde acabas de entrar.

Era uno de tus juegos preferidos.

- *¿Qué hay en una habitación vacía?*

- *Un fantasma.*

- *Ya lo han dicho.*

- *Sí, pero el que yo digo es otro.*

Juan Vicente Piqueras

XXI PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2013)  
CIFRAS

*Para Juan, en su octavo cumpleaños.*

Sólo hay en el mundo 400  
rinocerontes blancos (quizás alguno menos  
cuando llegue al final de este poema).

Hay 300 secuoyas *colossalis*  
que saludan al sol antes del alba,  
entre 80 y 90 sinfonías  
que justifican la creación del hombre  
y 50 películas, tirando por lo alto,  
con las que pueda compararse *Stromboli*.

Hay 23 ó 24 códices  
dispersos a propósito, extraviados  
para que llegue siempre en hora  
la misma claridad a todas partes  
y sólo 11 cuadros de Leonardo  
que, cuando se ha cerrado ya el museo,  
reordenan minuciosas las miradas  
que han recibido por el día.

A mí, tan poco diestro en matemáticas,  
la escasez me supone un acicate:  
hay unas pocas -¿8, 9?-  
islas en las que el hombre nunca ha estado,  
6 continentes, 5 océanos, 2 polos  
y un solo tú, irremplazable.

O ni siquiera eso: únicamente  
hay este que estás siendo ahora  
apoyado en la mesa, con los labios muy prietos

igual que un número quebrado,  
mientras hacíamos juntos los deberes  
-“Un campo de maíz produce al año...”-  
y yo cuento los días que nos faltan.

Gabriel Insausti

XXII PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2014)  
DOS DE LA TARDE

Sentados en las sombras  
de nuestros propios cuerpos  
miramos la cometa  
de la mano salada de una niña desnuda.  
Siento mis pies cubiertos por la arena de conchas  
quemar como un insulto,  
como una despedida,  
conchas que antes vivieron,  
eran hijas o madres,  
y ya descansan, y ya no sufren.  
Son solamente tiempo  
jugando con el mar.  
No son tan diferentes  
de lo que un día seremos,  
de lo que fueron otros antes de estas.  
Siento que nuestras sombras  
se alejan de nosotros  
como si rechazaran  
que seamos mortales.  
Los dedos arrugados de la niña  
se agarran a los tuyos  
confiada,  
esperando respuesta,  
pero tú le sonríes y le explicas,  
aunque sabes  
que las preguntas importantes  
no tienen respuesta verdadera,  
que nos vamos  
igual que nuestras sombras  
como huyendo en la tarde,

fingiendo que sabemos.  
Un avión intruso  
en universo azul  
oscurece la playa,  
paseando por el cielo  
anuncios de neón.  
Es raro caminar así desnudos,  
este es nuestro destino,  
nuestro vestido es  
la mejor armadura,  
como nuestras palabras,  
pero gracias a ellas,  
somos lo que ahora somos.  
Decidimos nadar a impulso de las olas,  
antes de que la noche  
oculte nuestros cuerpos.

María José Carrasco



XXIII PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2016)  
INTEMPERIE DEL DESEO

Qué hacer con el deseo que no somos,  
ya no, y se deshilacha  
como cuerda dejada a la intemperie.  
Qué hacer con esa luz que no ilumina  
y, apagada en su sombra, pura sombra  
impura, se detiene  
al borde de un abismo que ya no reconoce  
y no lo acepta y va, se va, no cae  
por él, por nadie, un grito que no grita,  
un vuelo sin volar que niega el aire.  
Qué hacer cuando te sientes  
deseado por nadie y siendo nadie,  
vacío de vacío,  
en un tiempo sin tiempo  
donde la soledad ya no es promesa,  
espera, territorio, invitación,  
lo fértil, lo regado,  
sino cerca de espino, can salvaje,  
esa tierra baldía,  
la sed, toda la sed  
derramándose seca por las manos.  
Qué hacer cuando te miran sin mirarte,  
escorpión sin veneno ni cobijo  
que aplastan sin querer mientras caminan.  
Qué hacer o dónde estar o cuándo toca  
que te digan ya no  
y que te aparten  
como se apartan ramas en el bosque  
o las piedras del suelo que podrían  
dañar a los amantes.

Qué hacer cuando las huellas del deseo  
ya no guardan memoria de los pasos  
ni dibujan el dulce laberinto  
del amor y se ocultan  
bajo capas crujientes de hojas muertas.  
Qué hacer o qué no hacer  
cuando el ser te rechaza de su nada  
y recoge la mesa  
antes de haber comido  
y se lleva los grifos y las mantas  
y corre las cortinas  
y baja la escalera dando saltos  
como hiciera contigo alguna vez.

Jesús Aguado

XXIV PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2016)  
NUEVOS DESTINOS PARADISIÁCOS

Sacamos billete abierto, sin concretar  
vuelta aún. Pero la muerte, ¿qué hace?, curiosa  
todos los días, baila, irrumpe, danza y  
ríe, abre sombrillas en playas de moda, sube a picos  
y puertos, se pasea en bermudas  
trágicamente, prende  
televisores, golpea, olvida, viaja en  
primera clase, toma vuelos low cost. Ríe, como si  
nada. Como si cualquier fosa,  
sacude y resacude, revuelve  
tanta vida -y llora: también llora, llora  
mucho-. No  
descansa ni muerta, la muerte, políglota,  
viajera, turista impertinente, estricta  
profesional, rondando siempre terca, tenaz: nunca,  
ni un día, ni un minuto, ni a sol  
y sombra, cesa  
su pitido.

Salvo para nosotros, que somos  
los que aman. Para nosotros, que amamos duramente  
la vida, el mundo entero, su piel  
cuando es verano, para nosotros poco  
significa la muerte. La parca no nos coge,  
forajidos. De un golpe, una patada, de un  
manotazo, el temor a la muerte se ha apartado  
de aquí. De este abrazo aún más alto  
que nosotros, de este nudo gordiano de la carne  
rugiente, de este beso sin sombra, de esta fe  
desatada; de esta vida sin precio, ¿qué

pretende la loca? De este solo latido, de esta chispa y  
zarpazo, ¿qué se lleva  
que valga? La muerte que acojona, la muerte que se dice  
mejor que estos dos cuerpos  
que se aman fijamente, ardiendo  
fugitivos, cayendo  
sin adiós... Palabras que penetran, grafitis  
portuarios, presagios  
contra un muro -el temor a la muerte y su gran coletazo  
de cetáceo extinguido.

Adolfo Cueto

XXV PREMIO POESÍA MANUEL ALCÁNTARA (2017)  
GRAN HOTEL DE LAS ISLAS BORROMEAS  
*mayo 2016*

Viajé a Italia, al pueblo de Stresa.

Fue un viaje de trabajo, un buen trabajo,  
pero las razones,  
olvídalas.

Estuve alojado en el Gran Hotel de las Islas Borromeas,  
frente al lago Maggiore y era el mes de mayo.

Llevo cincuenta y tres años sobre la tierra,  
y nunca había estado en un hotel tan hermoso  
—pensé con la maleta aún en la mano—.

Cuando vi mi habitación, con su gran terraza sobre el lago,  
me entraron ganas de llorar.

Cuando vi los desbordantes zumos de naranja del desayuno,  
en bandeja de plata, cuando vi a la joven camarera  
que me sonreía y se alegraba de verme,  
y las golondrinas en los aleros de las nubes,  
y los veleros en el horizonte,  
pensé en que Dios, en el último momento,  
había decidido ser bueno conmigo,  
y amé a Dios.

Fui monárquico al fin.

Fui republicano al fin.

Cincuenta y tres años sobre la tierra,  
y aún no sabía qué era la riqueza.

La primavera y el lago Maggiore me devolvieron  
el pasado, su verde imperio, su amor.

Vi a mis padres muertos allá en el lago,  
saludando a su hijo y pude hablar con ellos tres minutos.

La mañana no acababa nunca.

Me hablaba el aire, el agua, el sol.

Tuve ganas de nadar en el Maggiore,  
de arrebatarse el escándalo de su gloria,  
el centro de su bienaventuranza.

Rey de la vida, de mi vida al final de su avalancha.

Mi habitación estaba cerca  
de la famosa suite "Ernest Hemingway".

Pensé en él,  
en Hemingway,  
en sus días de fiesta  
en este hotel,  
en sus días de éxito,  
—porque el éxito lo es todo—,  
en su sonrisa inconmensurable  
en tanto en cuanto su vida era inconmensurable.

En su victoria sobre el mundo.

En su nombre como lápida prestigiosa  
en la puerta de una habitación de lujo.

Me dormí en mi cama gigante.

Al cabo de unas horas,  
me despertó un ruido en la terraza.

Allí estaba Hem, tumbado en la hamaca,  
bajo una luna alta  
y leal a los fantasmas.

Me senté a su lado, nos miramos.

"Tienes que aceptar tu fracaso",  
me dijo Hem, mientras se quitaba  
una gorra de capitán de barco  
y se alisaba el cabello.

"Nunca tendrás en este hotel  
una suite que lleve tu nombre,  
porque dime ¿tú, cómo te llamas?,  
lo mejor que puedes hacer es venirte conmigo  
esta misma noche",  
y rio con deslealtad hacia sí mismo.

Nos quedamos mirando la gorra  
que Hem había dejado en mitad  
de la mesa de mármol de la terraza.

"Para qué quiero una placa con mi nombre aquí,

esa es una querencia de muertos",  
le contesté con miedo.

Y nos dimos un ilegítimo abrazo de buenas noches.

Ya no pude conciliar el sueño.  
Estaba asustado, a quién no le asusta el fracaso,  
eh, decidme, hermanos, vivos o muertos.

Odié a Hemingway, pero también le quise.

Podía haber sido al alba, un buen instante.

Había una viga de robusta madera en el techo.

Enamorado del Gran Hotel de las Islas Borromeas,  
al día siguiente,  
me puse mi corbata  
a bordo de mis más de cincuenta años,  
y salí de nuevo a navegar la vida,  
vacío como el mundo,  
vacío como la edad,  
pero con mi corbata fulgiendo bajo el sol.

Me puse mi corbata, sí.  
Como tú hiciste siempre, padre mío.

Manuel Vilas